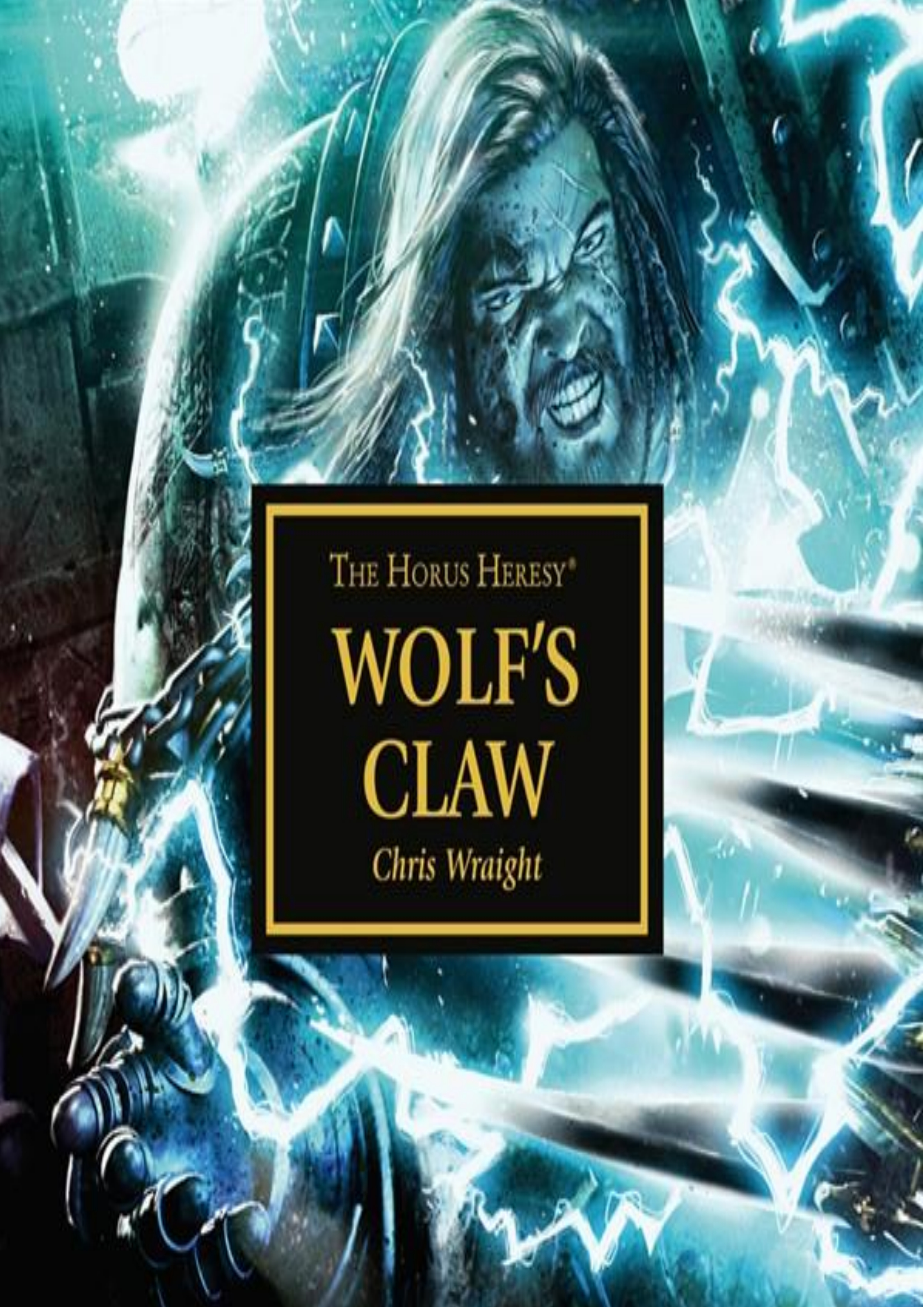

THE HORUS HERESY®
WOLF'S CLAW
Chris Wraight



LA HEREJÍA DE HORUS

LA GARRA DEL LOBO

CHRIS WRAIGHT

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Lobos Espaciales

BJORN	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
SLEJEK	Sacerdote de hierro o tecnomarine del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “*el Hacedor de hojas*”
GODSMOTE	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales

Su enemigo lucía la heráldica de escamas verdes azuladas de los traidores. Era inmenso, un monstruo de pasos pesados, grande casi como un dreadnought de patrón Táctico con hojas sierra gemelas situadas bajo sendos puños en los que había montados otros tantos combi-bólteres. Tres lobos de Fenris yacían a sus pies, ensangrentados y rotos.

Bjorn estaba agachado, pegado a la pared del corredor. El combate en una nave espacial era algo claustrofóbico: una cuestión de sombras densas y espacios reducidos.

Sólo quedaban cuatro de la manada que lo había acompañado al interior de la fragata *Iota Malaphelos* de la Legión Alfa.

No había lugar al que retirarse, ninguna cobertura tras la que parapetarse. Otros tres legionarios traidores avanzaban a la sombra del campeón exterminador, pisoteando los cadáveres de los caídos.

Bjorn se puso tenso, preparándose para el contraataque. Sintió los espíritus de caza de sus hermanos supervivientes que se preparaban de la misma manera.

Y justo entonces, a medida que la hiperadrenalina inundaba sus músculos y sus corazones martilleaban con la urgencia de matar, recordó; recordó haber ido a pedirle a Slejek las herramientas que necesitaba para la guerra, y la respuesta que éste le había dado.

¿Qué diría Hacedordehojas, se preguntó Bjorn, ahora que la ola de matar lo llevaba otra vez consigo? ¿Qué maldiciones escupiría a través de aquellos colmillos romos y quemados, una vez que supiera lo que había hecho?

En las profundidades de las cubiertas-forja de la *Hrafnkel* los fuegos nunca se extinguían. Calderas de hierro fundido se vertían sin cesar, alumbrando aquel espacio cuando el metal líquido se derramaba siseando en los moldes. Los martillos se alzaban y caían encima de los yunques de adamantio, y el zumbido de las cintas transportadoras sólo lo interrumpían las bendiciones de acero de los tecnosacerdotes de túnicas carmesíes.

Bjorn se abrió camino entre aquella masa de trabajadores, avanzando directamente hacia su objetivo. El maestro de la forja de la nave insignia, ceñudo, inspeccionaba una servoarmadura antigua, prácticamente negra y cubierta de marcas, frente a las fauces abiertas de un refulgente horno.

—Me preguntaba cuánto tardarías en venir… —la voz del sacerdote de hierro salió a través de la rejilla de su máscara mortuoria.

Bjorn lo saludó.

—Busco a aquel al que llaman «Hacedordehojas».

—A todos nos llaman así aquí abajo. Pero has encontrado al que buscabas, y éste ya sabe lo que quieres.

Bjorn miró los servobrazos que sobresalían por encima de los hombros de Slejek Hacedordehojas, brillantes de lubricante y con marcas de trabajo reciente.

—Necesito un guantelete.

Slejek se rió, su voz tan seca como los carbones de un brasero.

—Al Rey Lobo le agradas. Fue él quien te envió aquí abajo, según tengo entendido —se acercó más, y Bjorn pudo oler su acre hedor a humo—. Pero eso no te da ningún privilegio. Podrías ser el mismísimo lord Gunn, y aun así tendrías que esperar a tu turno.

Bjorn levantó el brazo izquierdo. Terminaba en una maraña de pedazos de metal abollados y quemados. Desde que había perdido la mano en Próspero no había tenido la oportunidad de conseguir un reemplazo mecánico, y su último combate con la Legión Alfa había machacado lo que le quedaba. Acercó el muñón a la luz de los fuegos.

—No puedo seguir luchando así.

—Tengo entendido que no lo estás haciendo mal.

—Necesito poder sostener una hoja de nuevo.

Por segunda vez, el maestro de la forja de rió.

—¿Más de una?

—Éste era mi brazo de la espada.

—Pues aprende a utilizar el otro entonces.

Bjorn se irguió frente a Slejek.

—No bromees conmigo, herrero.

—¿Crees que bromeo? Mira a tu alrededor. Tengo cuatro mil guerreros que cubrir y armar. Cada hora que pasa me llega otra maldita remesa de servoarmadura quebradas y espadas rotas. He hecho trabajar a mis servidores hasta la muerte para satisfacer esa sed de hierro, y no cesará mientras tengamos a las serpientes al cuello. Conservas la vista y la fuerza, y puedes cargar con un bólter. Eso te convierte en uno de los afortunados.

Bjorn gruñó.

—No es suficiente —dijo enseñando los dientes—. Necesito un guantelete.

Slejek se incline, bajando su máscara negra hasta que estuvo a un palmo de la cara de Bjorn.

—Espera-a-tu-turno.

Por unos momentos, Bjorn no se movió. Apretó los dedos de la mano derecha, considerando emplear la fuerza. Era una posibilidad. Slejek era grande, pero Bjorn había acabado con enemigos aún mayores. Pero después, a regañadientes, dio un paso atrás. Pelearse entre ellos sólo alargaría más su condena entre las estrellas rojo óxido de Alaxxes.

—Volveré. Y la próxima vez no podrás rechazarme.

Slejek se limitó a encogerse de hombros y volver a su trabajo. Sus servobrazos volvieron a moverse, y los fuegos a brillar de nuevo.

Bjorn caminó a grandes zancadas entre los atareados sirvientes, sin apenas percatarse del parpadeo de los soldadores contras sus pesadas máscaras. Notaba cada nervio tenso de furia. Tendría que volver al combate de nuevo como una

carga, como un tullido. Su propia muerte no le asustaba, pero la idea de fallarles a sus hermanos de manada lo soliviantaba.

Entonces, en los confines de la cámara de la forja, lo vio. Colgaba de cadenas de adamantio, medio oculto entre las sombras, brillando duramente con la luz que reflejaba de los hornos. Estaba completo, prístino y era salvajemente hermoso.

Bjorn llamó a uno de los sirvientes.

—Tú. ¿Para quién es eso?

El sirviente hizo una torpe reverencia, enfundado en su pesado traje de trabajo en la forja.

—No lo sé. Mi señor. ¿Debo preguntarlo a mis maestros?

Bjorn lo miró de nuevo. La aleación no tenía tara alguna. Era algo singular, la obra de un genio artesano. El portador de aquello podría matar y matar hasta que las estrellas se consumieran y la oscuridad devorara todo el vacío del espacio.

Bjorn extendió su brazo atrofiado.

—¿Me lo puedes colocar?

—Sí, pero…

—Hazlo —dijo mientras tiraba de las cadenas que lo sostenían, mientras notaba cómo se le aceleraba el pulso—. Hazlo ahora mismo.

Rugiendo mortales maldiciones del Viejo Hielo, Bjorn se abalanzó sobre el enemigo. Sus cuatro garras de adamantio rugieron con él cuando la energía las recorrió insuflándoles un duro brillo azul que tiñó la penumbra a su alrededor.

El campeón exterminador enemigo cargó a su encuentro, las hojas mecánicas resonando con un chirrido sangriento. Los dos guerreros entrechocaron, y Bjorn sintió el dolor penetrante de unos dientes de adamantio serrando a través de la guarda de su hombro. Notó también el impacto de un proyectil cerca del pecho

que casi lo hizo retroceder. Giró bruscamente y volvió a atacar, manteniéndose lo más cerca posible de su oponente.

Golpeó con su garra hacia arriba, clavándola bajo el casco del legionario. Unas hojas de inferior calidad se habrían partido contra la gorguera reforzada y habrían dejado a Bjorn expuesto a un contragolpe mortal. Pero aquella garra era especial. Su campo disruptor brilló con una potente oleada blanco azulada, clavándose en la densa ceramita. Las hojas siguieron hundiéndose más, atravesando carne, cortando tendones, músculo y hueso. La sangre se derramó sobre las hojas de adamantio, hirviendo, cociéndose sobre el campo de energía que cubría sus filos.

El exterminador se quedó estupefacto, incapaz de concebir que tuviera el cuello atravesado. Bjorn retorció la muñeca, y su enemigo cayó con la garganta desgarrada, tambaleándose sobre la cubierta hasta ser arrastrado al suelo por el peso muerto de su servoarmadura.

Bjorn aulló triunfal, alzando su garra, de la que salió despedida la sangre que dibujó unas líneas sangrientas a lo largo del corredor. A su lado estaban sus hermanos, disparando, haciendo retroceder a los legionarios alfa supervivientes.

Godsmote rió al pasar corriendo a su lado, mirando apreciativamente aquella hazaña.

—Vamos a tener que dejar de llamarte «Unamano» —y sin detenerse añadió—: ¡Tendremos que buscarte otro nombre mejor!

Bjorn no le prestó atención. Se sentía renacido, preparado para cortar y tajar y desgarrar. Había dejado de ser un tullido por el destino y los caprichos de la guerra. Hacedordehojas podía maldecirlo cuanto quisiera: no renunciaría jamás a aquella garra.

—¡Matadlos! ¡Matadlos a todos! —rugió.

Y, envuelto en el ruido de los mecanismos de su servoarmadura y el crepitar de las energías disruptoras, cargo de nuevo, completo otra vez, hacia las sombras

FIN DEL RELATO